



Elisabeth.

Lith. de Lisson.



ELISABETH.

Hunde hoc mihi ut veniat
mater Domini mei ad me!

(Luc. I. 43.)

UNA voz hay que clama en el Desierto: "Preparad las vías del Señor: haced rectos los senderos de nuestro Dios. Todo valle será llenado hasta el colmo, y toda montaña, toda colina será rebajada. Las vías tortuosas serán rectificadas y las escabrosas serán allanadas. La gloria del Señor se manifestará, toda carne verá con sus propios ojos el cumplimiento de las promesas divinas. . . . Yo envío mi mensajero que preparará el camino delante de mí, y desde luego vendrá en su templo el Señor que vosotros esperais, y el ángel de la alianza tanto de vosotros suspirado."

En estos términos fué anunciado muchos siglos antes de nacer el precursor del Mesías, el que debía dar testimonio de la luz, y señalarla con el dedo á las miradas de los hombres. Porque, cuando esta luz que habia siempre estado en el mundo sin ser conocida, quiso en fin mostrarse en el cubierta de un cuerpo humano como de una sombra y de una nube

para hacerse mas accesible á nuestra débil vista, envió delante de sí una estrella encargada de anunciar al sol, y de preparar los ojos para sufrir sus resplandores. Y de esta estrella de suave y luminoso calor, pero tan poderosa por los rayos que despedía, que el viento de la opinión pública no pudo nunca hacerla vacilar, se levantó por fin sobre la tierra, y pasó por ella en medio de prodigios. Tal era Juan, hijo de Zacarías.

En tiempo de Heródes, rey de Judea, habia un sacerdote llamado Zacarías, perteneciente á la rama primogénita de la familia de Aarron, pero simple sacrificador, y no investido de las funciones supremas del pontificado. Tenia éste por muger á Elisabeth, la cual por parte de su padre era tambien del linage de Aarron, y por la de su madre de la raza de David, y parienta de consiguiente de la Santísima Virgen. Los dos eran justos y santos delante de Dios, dice el Evangelio, y observaban de una manera irreprensible todas las obligaciones de la religion y de la ley. Mas no tenian hijos, ni se hallaban ya en edad de tenerlos; fuera de que Elisabeth era estéril por naturaleza.

Cierto dia el sacrificador Zacarías estaba llenando en el templo las funciones de su ministerio. Sabido es que David habia repartido los sacerdotes en veinte y cuatro clases, para servir delante de Dios, cada una por su turno, durante una semana. Como cada clase contenia un gran número de familias, á fin de evitar el desórden, y tal vez las contestaciones, al principio de cada semana se sacaba por suertes el sacerdote que habia de entrar á servir, para ofrecer el incienso al Señor por la mañana y por la tarde en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la Providencia que la semana en que tocó á la familia de Abias, tocase la suerte á Zacarías. El ministerio que habia tocado en suerte desempeñar á éste, era el de quemar los perfumes sobre el altar dos veces al dia: por la tarde ó vispera, cuando se encendian las lámparas del gran candelabro de oro, y por la mañana siguiente cuando se apagaban. En estos dos momentos era cuando el pueblo venia á orar en el templo; pero éste se quedaba en un recinto exterior y fuera del santuario, en donde el solo sacerdote tenia derecho de penetrar. Entró, pues, á la hora acostumbrada á aquella parte privilegiada para el sacerdocio, como si dijésemos en el presbiterio de nuestras iglesias, quedándose lo restante del pueblo en el vestibulo. En aquel dia habia acudido mayor concurso del pueblo que de ordinario, lo cual dá indicios para creer que fuese un sábado por la noche. Mientras, pues, Zacarías estaba ofreciendo el sacrificio de los perfumes, se le apareció visiblemente el ángel del Señor, en forma humana, que estaba en pié al lado derecho del altar.

Llenóse de un religioso temor el santo sacerdote á esta vision celeste;

pero el ángel le confortó, diciendo: "No temas mi presencia, pues antes ha de darte gozo que turbacion; tu súplica ha sido oída benignamente por Dios. Y para que no pongas en ello la menor duda, vengo á decirte de su parte, que tu esposa Elisabeth, á pesar de sus años y de su esterilidad, concebirá y dará á luz un hijo, al cual pondrás el nombre de Juan, que llenará de consuelo toda la casa de Israel. Su nacimiento te colmará de alegría á tí y á todo el mundo, pues ha de ser grande á la presencia del Señor. Se abstendrá de beber licor alguno de los que pueden embriagar, y quedará lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Convertirá á un gran número de los hijos de Israel al Señor su Dios, delante del cual marchará él, revestido de la virtud y del espíritu de Elias, de manera que reunirá los corazones de los padres con los de los hijos, y conducirá los incrédulos á la prudencia de los justos, y preparará al Señor un pueblo perfecto." No podia dudar Zacarías que era ángel del Señor el que le hablaba, con todo, vaciló su corazón en dar ascenso á las palabras que le anunciaba tan grandiosos acontecimientos. Espresó, pues, su duda en estos términos: "¿Cómo podré yo certificarme de esto? Porque ya yo soy cargado de años, y mi muger de edad avanzada." Y repuso el ángel: "Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios, el cual me ha enviado para hablarte, y anunciarte esta nueva feliz. Y desde ahora quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el dia en que tenga su cumplimiento lo que te acabo de anunciar, por cuanto no has creído en mis palabras, que se cumplirán infaliblemente." Este castigo fué realmente infligido á Zacarías, á fin de hacer el nacimiento de su hijo mas claramente maravilloso, y tambien porque Dios borra ya desde este mundo, por medio de saludables castigos, las faltas de sus mas queridos servidores. Porque así como es muy puesto en razon el no creer sin motivo, era tambien muy justo el mirar el hecho mismo de la aparicion como un título auténtico ó credencial que el celeste enviado presentaba á la creencia de todo oyente sincero.

Entretanto la multitud estaba orando fuera del recinto en que esto pasaba, y en el pavimento que le estaba reservado, aguardando que el sacerdote saliese á dar su bendicion al pueblo, segun costumbre, y empezaba ya á estrañar que tardase tanto el sacrificador en ofrecer el sacrificio. Però cuando al parecer delante del pueblo, no pudo éste alcanzar de él ninguna explicacion, y advirtió que estaba mudo y no podia espresarse sino por señas, añadido esto al espanto y turbacion que se notaba en su semblante, no dudaron todos de que habia tenido alguna vision. Concluida la semana de su ministerio, se retiró al pueblo de su habitacion, que estaba situado en el país de las montañas de la Judea. Algunos

colocan este pueblo junto á Emaús: muchos otros están en la creencia que Zacarías habitaba en Hebron; y por fin algunos ponen el nacimiento de San Juan en Macheronte, villa y fortaleza edificada por Heródes el Grande, mas allá del Jordán, pero en la parte que pertenece al país de la Judea.

Algun tiempo despues conoció Elisabeth con certeza que tendría un hijo, y desde entonces vivió en el retiro. "He aquí, decía ella para consigo, que Dios me ha hecho un singular favor, fijando los ojos en mí para librarme del oprobio que me cubría delante de los hombres." Seis meses habia que alimentaba en secreto estas esperanzas, como si se avergonzara de divulgarlas, á causa de su edad ya adelantada; cuando en otro pueblo del mismo país nacieron esperanzas mucho mas altas aun y mas asombrosas. El cielo acababa de inclinarse hácia la tierra: nubes fecundas habian ya hecho descender al Justo: en un tallo escapado de la corrupcion original florecia la salud de la humanidad: Dios tomaba el vestido de nuestra carne. Una jóven virgen de Nazareth, llamada María, cambiaba la faz del mundo, respondiendo á la embajada del Eterno por aquellas palabras de fé y humildad: "Yo soy la esclava del Señor," y la embajada le anunciaba, en prueba de su mision, que la vejez de Elisabeth iba contra toda apariencia á regocijarse en la gloria de una tardía y milagrosa maternidad.

María, luego que supo los gozes prometidos á su parienta Elisabeth, fue al país de las montañas, en la ciudad de Judá, en donde vivía su prima, debiendo ser el viaje de treinta leguas á lo menos, cualquiera que fuese de los tres arriba citados el pueblo en que se coloque la habitacion de Zacarías. A la llegada y al saludo de María, Elisabeth sintió saltar á su hijo en su seno, y llena su alma del espíritu de Dios, exclamó: "Eres bendita entre todas las mugeres, y el fruto de tu vientre es bendito." Y preguntó admirada de dónde le venia tanta felicidad de que viniese á ella la Madre de Dios. "Porque luego que tu voz ha sonado en mis oídos, añadió, al saludarme, mi hijo ha saltado de gozo en mis entrañas, y tú eres dichosa por haber creído, pues lo que se te ha anunciado de parte del Señor será cumplido." María entonces, inspirada por aquel que es la inteligencia infinita y el Verbo eterno, pronunció un himno profético, que las naciones cristianas repiten todos los dias despues de diez y nueve siglos, y que puede llamarse el éxtasis magnífico de la humildad. ¡Qué misterio el de la entrevista de estas dos débiles mugeres, representando la reconciliacion del cielo con la tierra, de Dios que se abaja y viene á sufrir, con la humanidad que se purifica y ennoblece, inaugurando así en el mundo el pensamiento fundamental de la civilizacion cris-

tiana, y trazando en la historia un sulco luminoso y profundo, por el cual marcharán los siglos para siempre; mas cuando en aquel mismo instante, la obra mas grande que habian creado los hombres, el imperio romano, apoyándose sobre ochocientos años de victorias, teniendo en su mano el universo vencido y sujeto, y cerrando con solemnidad su templo de la Paz, no pudo hacer otra cosa que dejarse morir!

Tres meses, dice Orsini en su *Historia de la Madre de Dios*, permaneció la Virgen en el país de los heteos; y pasó esta temporada á poca distancia de Ain, en el centro de un sombrío y fértil valle, donde radicaba la casa de campo de Zacarías. Entonces la hija de David, profetiza tambien y dotada de un genio igual al del ilustre jefe de su familia, pudo contemplar despacio el cielo estrellado, los sonoros bosques, y la vasta mar cuyas olas agitadas ó en calma resonaban en las playas de la Syria. A la vista de aquella naturaleza tan perfecta en sus pormenores, y tan hábilmente armonizada en su conjunto, que es todo maravillas desde el tejido de la flor y el ala del insecto hasta los mundos errantes que en el espacio brillan disipando el horror de las noches, la Virgen tal vez espresó con lágrimas el profundo asombro que la inspiraban las magníficas obras del Criador.

¡Cuán grande es, decíase á sí misma la hija de los profetas, cuán grande el que manda á la estrella matutina, el que designa á la aurora el punto de su nacimiento, el que domina al trueno y ante quien se humillan los rayos! ¡Cuán grande es! Pero su bondad iguala á su poder. El es el que ha dotado al hombre de inteligencia, y de instinto á los brutos; él provee las necesidades incesantes de todas sus criaturas; él calienta en la arena el huevo del avestruz: él prepara su alimento al cuervo cuando sus polluelos claman al cielo y vagan hambrientos por el campo. Y á imitacion del salmista, la Virgen invita á toda la naturaleza á bendecir con ella á su Hacedor.

En sus travesías por los montes, la que mereció á piadosos autores el dulce titulo de *margarita terrestre*, gozábase contemplando las sencillas flores del campo á que la comparara Salomon en su cántico misterioso. Cierto dia, segun una tradicion consignada por los doctores de la Persia, la gloriosa María tocó una flor á que llaman los árabes *arthenisa*; y desde luego el contacto de su mano virginal comunicó á la planta un suave perfume que aun conserva. La tradicion de los cristianos orientales designa tambien cierta fuente adonde solia encaminarse la Madre de Jesus complaciéndose en su murmullo y en la vista de sus aguas. Esta fuente, llamada *Nephtoa* en tiempo de Josué, lleva hoy el nombre de María.

Detrás de la elegante quinta del pontifice hebreo estendiase uno de los

jardines que los persas llaman paraísos, cuyos diseños trajeron los cautivos de Israel del pueblo de Ciro y Semiramis. Allí se veían los más hermosos árboles de la Palestina, á cuyas sombras daban un indecible encanto las matas de flores esparcidas al acaso en los claros, y el suave perfume de los naranjos, y las aguas que bajo las ramas pendientes de los sauces se deslizaban. Allí, por los tiernos cuidados de María, Elisabeth olvidaba tal vez los que escitaba en ella un acontecimiento cuya esperanza la colmaba de júbilo, pero que podía ser fatal en su avanzada edad. ¿Cuán religiosos debían ser los coloquios de estas santas mugeres! Jóven la una, sencilla é ignorante del mal, como Eva al salir de las manos del Señor, anciana la otra y enriquecida con una larga esperiencia del mundo; ambas profundamente piadosas y objeto de las complacencias de Jehová; la una llevaba en su seno, por tantos años estéril, un hijo que había de ser *profeta y mas que profeta*, y la otra al gérmen bendecido del Altísimo, al gefe y libertador de Israel.

En las hermosas noches del estio, cuando la luna alumbraba las enramadas, servíase á la sombra de una copuda higuera ó bajo las verdes hojas de una crecida vid, la cena de la opulenta familia; corderos nutridos con la aromática yerba de los montes, trozos de cabrito, peccos escojidos por pescadores sidonios, panales de miel silvestres sacados del hueco de añejas encinas, y colocados en canastillos de palma diestramente tejidos, dátiles de Jericó que hasta en la mesa de César figuraban, albaricoques de Armenia, alfonsigos de Alepo, y sandías de Egipto; hé aquí los manjares de que solía componerse. El vino de los ribazos en Engadi, guardado en cubas de piedra por el mayordomo del príncipe de los sacerdotes, circulaba en ricas copas, surtidas por sirvientes de agradable presencia. La Virgen, frugal en la abundancia como en la medianía, contentábase con algunas frutas, escasa cantidad de lacticinios y una copa de agua de la fuente de Nephthoa. No era una virtud de posicion su templanza; era un hábito de eleccion.

Para realzar la humildad de María, á la verdad bien constante, han pretendido algunos, que ejercia en casa de Elisabeth las funciones de sirvienta y poco menos que de esclava.

Esta es una inconsecuencia chocante. Jamás hubiera permitido Elisabeth, que se abatiese hasta tal punto en su presencia una muger, á quien proclamara ella misma *Madre de su Señor*, sublimándola en gran manera sobre todas las hijas de Sion. Ni debía escasear de esclavos y sirvientes la santa esposa de Zacarias; reconocido está por cristianos, árabes y judíos, que esta familia era muy distinguida, como que el ilustre nacimiento de San Juan Bautista deslució de algun modo el de Jesucristo, proce-

dente de padres harto menos notables y que vivían en la pobreza, como la gente comun.

Nada habia, pues, de penoso ni de servil en los cuidados que á Isabel prodigaba la amable y dulcisima Virgen; eran las atenciones oficiosas y delicadas que hubiera tributado á su madre si se la conservase el cielo; y sin duda con frecuencia creía ver nuevamente á los autores de sus dias en aquellos esposos venerables, cariñosos y fieles, que la amaban como á una hija, y que desde la primera entrevista en que de un modo tan admirable se reveláran sus grandezas, le manifestaban un sentimiento de admiracion mezclada de respeto que María se esforzaba en combatir con humildad, pero que no alcanzaba á desvanecer.

Fácil es comprender, dicen los padres, cuántas bendiciones atrajo la visita de la Virgen sobre la familia sacerdotal, que tan tiernamente la acogiera. Si el Señor bendijo á Obededom y á cuanto le pertenecia, hasta el extremo de ser envidiado de un rey por haber guardado tres meses en su casa el Arca de la alianza, ¿qué gracias celestiales no debieron atraer sobre Zacarias y los suyos los tres meses que permaneció entre ellos la muger privilegiada, de que no era mas que una figura el Arca de la antigua ley, por santa y temible que fuese! La pureza perpétua de San Juan fué efecto, dice San Ambrosio, de la uncion y gracia que en su alma infundió la presencia de María.

Con tan risueños y oportunos cuadros describe Orsini la permanencia de la Madre de Dios en la casa de Elisabeth. En cuanto á si María asistió ó no en el parto de su prima, no se sabe de un modo preciso. Orígenes, San Ambrosio y otros graves autores, así antiguos como modernos, se declaran por la afirmativa; pero otros teólogos, no menos respetables, han abrazado la opinion contraria, apoyándose principalmente en el pasaje de San Lucas, que no habla del parto de Elisabeth sino despues de haber regresado la Virgen de Galilea. El historiador de María examina mas detenidamente esta cuestion, y se decide por la presencia de la Virgen.

Sea de esto lo que fuere, llegado el tiempo oportuno en que Elisabeth debía dar al mundo el precursor del Mesias, dió felizmente á luz un hijo el día 24 de Junio, segun la creencia comunmente recibida en la Iglesia.

Apenas se hizo pública la voz de tan dichoso alumbramiento, acudieron de todas partes los vecinos y parientes, para felicitarla por la misericordia que con ella habia usado el Señor, y á tomar parte en su justo regocijo. Ocho dias despues, volviéronse á juntar segun su costumbre, los parientes, para la ceremonia de la circuncision, y preguntaron á la madre qué nombre se habia de poner al niño, queriendo imponerle todos

el de Zacarias, como su padre. Pero la madre, tomando la palabra, se opuso á ello y les dijo: "Su nombre será Juan." Hicieronle presente que aquel nombre era nuevo y extraño en la familia, no habiendo noticia que tal se hubiese llamado ninguno de ella; pero firme Elisabeth en su propósito, sin duda por secreta inspiración del cielo, se determinó consultar al padre y conformarse con su resolución. Por medio de señas se hizo á Zacarias esta pregunta: "¿Qué nombre pondremos al infante?" Y tomando Zacarias una tablilla, escribió estas palabras: "Juan es su nombre." Al instante su lengua, que la incredulidad había ligado, quedó suelta, por la obediencia y la fe manifestada por él en seguir los preceptos del ángel. Todos los presentes quedaron sobrecojidos de pasmo y de temor: la fama de aquellas maravillas se esparció por las montañas de Judea, y decían todos al escucharlas: "¿Quién piensas que será ese niño? Porque en él está la mano del Señor."

El afortunado Zacarias no solo obtuvo el perdón de su falta, manifestado por la restitución del uso de la palabra, sino que se sintió de repente inspirado por el espíritu del Señor, que descorre el velo de lo futuro, y publicó por un célebre cántico, que Dios iba á cumplir las promesas hechas á Abraham, que se acercaba el Mesías, y que el niño recién nacido sería su precursor.

Bendito el Señor sea
 Dios de Israel, que visitar le plugo
 A su pueblo, y hacer que en este día
 Redimido se vea
 Libre y exento del pesado yugo
 Y dura esclavitud en que yacía.
 Con noble valentía
 En la casa real ha levantado
 De su siervo David el estandarte
 De nuestra salvación; y victorioso,
 Lo que por tantos siglos anunciado
 Nos había por una y otra parte
 En coro armonioso,
 La voz dulce y sonora
 De sus profetas, nos lo cumple ahora.
 Al fin nos ha salvado
 De nuestros enemigos; del encono
 Y del ódio que tantos nos tenían,
 Nos ha ya libertado.

Ya en fin de nuestros padres en abono
 Su piedad ejercita, cual querían
 Ellos, y le pedían.
 Acordóse del pacto y alianza
 Que por ellos había establecido
 Con santo é irrevocable testamento;
 Y no frustró la firme confianza
 Que en su veracidad hemos tenido,
 Fiel á su juramento
 Con que á Abraham dijera,
 Nuestro padre, este bien que nos hiciera.

Para que sin temores,
 Libres ya de enemigos, consagremos
 En justicia y piedad á su sagrado
 Culto y á sus honores
 La vida y libertad que le debemos.
 Y tú, pequeño infante, tú llamado
 Serás y celebrado
 Profeta del Altísimo, y delante
 De él irás, preparándole el camino;
 Enseñando la ciencia, que aun ignora,
 De salud á su pueblo; y al errante
 Pecador el perdón que su divino
 Favor al que lo implora
 Contrito y pesaroso,
 Está siempre ofreciendo generoso.

Tal es el entrañable
 Amor de nuestro Dios, con que ha venido
 Cual claro sol que sale del Oriente,
 Amoroso y afable,
 A visitarnos hoy, desde el subido
 Trono de luz que habita refulgente.
 Y á la misera gente
 Que yace entre tinieblas sumergida
 De la sombra mortal que la rodea,
 Viene á sacar con luz que la ilumine,
 Mostrándole derecha y bien seguida
 La senda de la paz; y el hombre vea
 Y seguro camine

Por ella, él le guió
Para que así su pié no se desvie.

El niño Juan crecía en gracia delante de Dios, y el concurso de tantas maravillas como sucedieron en su nacimiento le hicieron célebre en toda la Judea. Refiere San Pedro Alejandrino como un hecho público y conocido, que cuando el sanguinario Heródes buscó al niño Jesús para quitarle la vida, quiso hacer lo propio con el niño Juan, por el ruido que había metido en el mundo su nacimiento; pero que le libró su madre Elisabeth, retirándose con él al Desierto, hasta que, muerto Heródes, pudo volver libremente á buscar á Zacarías; aunque dejando á San Juan en el mismo Desierto, en donde dispuso el Espíritu Santo que se mantuviese hasta el tiempo de su predicación. Sea de esto lo que fuere, es una verdad que permaneció poco tiempo entre los hombres. Retiróse joven todavía en la soledad, huyendo del tumulto de las ciudades, y de las reuniones de la multitud. Fué, pues, á buscar un aire mas puro que el del siglo, una morada en donde el cielo pudo reflejarse con mas resplandor, un retiro en donde pudiese él disfrutar de las conversaciones de los ángeles y de la familiaridad de Dios. Habitaba en las cavernas que se hallan situadas á lo largo del Jordan. En el siglo VI se edificó una iglesia y un monasterio sobre los peñascos, en donde la tradición aseguraba que había permanecido el santo precursor. Fiel á los mandatos del ángel que había anunciado su venida, nunca bebió vino ni otro licor alguno de los que pueden embriagar; no comía sino pobres y mezquinos alimentos; miel salvaje que encontraba sobre los árboles ó en las pendientes ó hendiduras de las rocas, y algunas langostas insípidas, como los pobres que los tomaban comunemente por alimento en la Arabia, en la Africa y algunas veces en la Palestina. A la austeridad del alimento acompañaba la del vestido. El solitario llevaba una samarra de pelo de camello atada en la cintura con una correa de cuero, pasando días y noches enteras en conversar con Dios; y disponiéndose con la oración, el ayuno y con todo género de penitencia para el ejercicio de su ministerio. Por esta vida pasada en la inocencia y en la mortificación de todos los sentidos, es tenido Juan, según testimonio de San Agustín y San Gerónimo, por modelo de la vida retirada y austera de los anacoretas, y de tantos hombres que, huyendo ya de los halagos, ya de las persecuciones del mundo, habían de dar fama al Desierto. Al inspirarle Dios la idea y el valor para una vida tan penitente, quería sin duda impresionar fuertemente la vista grosera de los judíos, enseñándoles á respetar las doctrinas y las repreensiones que debían fluir de tan santa boca. Pues para

todo el mundo, pero principalmente para un pueblo que sabe lo que es sufrir, hay en estas bruscas y voluntarias mortificaciones de los sentidos una elocuencia mucho mas poderosa y convincente que la de la palabra.

En la época de la predicación de San Juan, que habia de preceder á la de Jesús, el mundo presentaba un espectáculo lamentable al par que extravagante, en el que, según dice muy bien el historiador de María, lo burlesco se daba la mano con lo horrible. El árabe y el galo, después de haber conservado por espacio de muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina: el indio divinizaba el Ganges, ó inmolaba víctimas humanas á Sactis, diosa de la muerte; el egipcio tributaba un devoto culto al ajo, al loto y á casi todas las plantas bulbosas; las poblaciones desconocidas de la joven América adoraban al tigre, al búitre, á las tempestades y á los sonoras cataratas: finalmente, los griegos y los romanos, según su propia confesión, llenaban sus templos de demonios ó espíritus malféficos é impostores; y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas, y que abundan en hombres de un mérito superior, habían divinizado el vicio en sus formas mas vergonzosas, y poblado su olimpo de ladrones, de adúlteros y de homicidas. Las costumbres eran consiguientes á las creencias: la corrupción, descendiendo como un vasto río de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba todas las provincias. ¿Y qué habia de ser en medio de esas aberraciones deplorables de la soberbia razón, esa reina de las inteligencias que toma su estrecho horizonte por los límites del universo, y pone á sus dioses sobre el lecho de Procustio? ¿dónde estaba su imperio? ¿dónde habia plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si ella podia sin auxilio extraño reconquistar el terreno que habia perdido, ¿por qué no lo hizo?... Pero bien conoció que el torrente traspasaría sus débiles diques, é impotente á contenerlo, se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos exánimes del cuerpo social, cuya caída no pudo prevenir: sobrevino el cristianismo, que dijo al cadáver: Levántate y marcha, y sucedió según su palabra.

En no menos deplorable situación se hallaba la nación judía. Los romanos hacían pesar sobre su frente un yugo de hierro, y se le hacia difícil y á veces peligroso, observar exactamente la ley divina. Hombres profanos disponían de la silla de Aaron, colocando en ella arbitrariamente pontífices, arrojándolos de ella por capricho. Las diversas sectas, fúrisceos, séduceos, alteraban la pureza de las creencias antiguas y turbaban los espíritus con la confusión de sus doctrinas. En medio de este caos, la expectación del Mesías habia mudado de carácter, y en lugar de espe-

rar en un príncipe que volvería la verdad á los entendimientos, la pureza á las conciencias, la santidad á las costumbres y á las leyes, y de consiguiente la paz al mundo, la mayor parte de los judíos imploraban un rey héroe y conquistador, que con la espada en la mano los libraría de la dominación extranjera. De otra parte, la moral seguía también á las creencias, pues la Judea, que no se había librado tampoco del contagio del vicio, se iba depravando con asombrosa rapidez: su religion no consistía en sus dogmas fundamentales, sino en una multitud innumerable de superfetaciones parásitas, y las ilusiones de sus rabinos eran anunciadas desde la cátedra de Moisés. Un pequeño número solamente había conservado las primitivas tradiciones, y penetrando el sentido elevado de los oráculos divinos, llamaba con todos sus descos el reino espiritual, que es la patria de todos los hombres, el hogar de todos los pueblos, y que está destinado á atravesar todos los siglos, para entrar triunfante en la eternidad.

Tal era la disposición del espíritu público, cuando á los treinta años de su edad, Juan, hijo de Zacarías y de Elisabeth, fué llamado por una voz del cielo, que era la señal de su mision santa, y empezó la obra á la cual era providencialmente destinado. Hallábase entonces en el Desierto de la Judea, entre la ciudad de Jericó y la embocadura del Jordan. Pareció como transfigurado por la santidad de su vida, y así era que su palabra tenía autoridad extraordinaria. Cuando un hombre, en medio de un pueblo sensual y grosero, se presenta como un sér superior, no solo á las debilidades humanas, sino á las exigencias mismas de la naturaleza, demandando todos los instintos y propensiones, y conservando al propio tiempo una entereza de espíritu á toda prueba, y una notable supremacía de inteligencia y de valor, como una sublime emanación de una fuerza sobrehumana, sus palabras adquieren una energía de fuego y un poder irresistible sobre la multitud: y aun en este siglo escéptico y mofador, que hasta se desdénia muchas veces de creer en la existencia de la virtud, estamos viendo el poderoso ascendente que ejercen, aun sobre las masas corrompidas é indómitas, esos pocos hombres que vemos, rara escepcion por cierto, pero gloriosa, del egoísmo general, cuyas privaciones, sacrificios, desinterés y pureza de costumbres, hacen creer al espíritu menos dócil en la realidad de una vida santificada, y en las esperanzas del cielo. El temor de no herir la modestia de la humildad detiene en este momento nuestra pluma. Las mortificaciones, pues, y las austeridades de Juan elevaban su voz para apoyar sus doctrinas y sus amenazas. "Haced penitencia, decía, porque el reino de Dios se acerca" y la multitud se inclinaba humildemente á estas palabras. La Judea, Jerusalem y los con-

tornos del Jordan le enviaban numerosos oyentes, que hacían la confesion de sus faltas y recibían el bautismo. Este bautismo no era solamente una de aquellas abluciones religiosas que se hallan en los antiguos pueblos, y que el legislador de los hebreos había instituido en gran número; era una purificación de naturaleza mas elevada, y que consagrando al hombre á la penitencia, le preparaba para recibir la verdad evangélica en toda su grandeza y severidad.

Ni ha de creerse tampoco que solo el vulgo corriese hácia el nuevo profeta. Si muchos fariseos, considerándose como justificados por su ciencia de la ley y despreciando el consejo de Dios sobre ellos, se abstuvieron de escuchar al Precursor, le acusaron hasta de manía insensata, y le hicieron un crimen de su vida penitente; no obstante, otros doctores de la ley, hombres sabios y poderosos, vinieron á pedirle el bautismo. Mas sea que Dios les hiciese ver que su corazón estaba corrompido por el orgullo y por la hipocresía, ó sea que quisiese, humillándolos primero, conducirlos á una mas completa conversion, los acocia con palabras llenas de dureza y de reproches: "Oh raza de vivoras, les decía, ¿quién os ha enseñado que así podréis huir de la ira que os amenaza? Haced dignos frutos de penitencia, y no andéis diciendo: Tenemos á Abraham por padre. Porque yo os digo que de estas piedras puede hacer Dios nacer hijos de Abraham. La segur está puesta ya en la raíz de los árboles: todo árbol que no dá buen fruto, será cortado y arrojado al fuego." El cielo es como el genio y como toda fuerza que tiene conciencia de sí misma, dulce y accesible con los débiles y con los pequeños, firme é intratable con los orgullosos y con los hipócritas.

Porque á la multitud que se dirijía con sincera sencillez, y el corazón movido de arrepentimiento, el solitario le hablaba con una estremada dulzura, sin perder nada de su autoridad; hubiérase dicho que era un padre en medio de sus hijos. Cuando se le preguntaba: "¿Qué es lo que debemos hacer?" respondía diciendo: "El que tiene dos vestidos, dá al que no tiene ninguno, y haga otro tanto el que tiene qué comer." Con estas pocas palabras sentaba el gran principio de la limosna y de la caridad, ley fundamental de la sociedad evangélica, obligatoria del rico con el pobre, y cuyo olvido pone á las sociedades modernas al borde de un precipicio. Cuando el cristianismo dió la libertad á los esclavos y dispensó á sus dueños del deber de mantenerlos, contó con esta ley de beneficencia, para armonizar suavemente la sociedad, y poner una justa compensación al forzoso desequilibrio de las fortunas. El egoísmo, hijo del olvido de Dios y de su ley santa, ha desconocido este fecundo principio de hermandad humanitaria, y la multitud hambrienta y sin amparo, sin las alas

maternales de la religión bajo que cobijarse, ha arrojado un grito profundo de dolor que conmueve las entrañas, y amenaza al egoísmo de conservación otro egoísmo de invasión, que haciendo bambolear la sociedad por sus cimientos, amenaza devorar al mundo.

Los publicanos venían también á pedir consejo: eran los judíos que tenían arrendados los tributos pecuniarios que gravitaban sobre el pueblo, y que debían responder de ellos á los recaudadores del Estado. Este empleo nada tenía en sí que fuese ilegítimo ó deshonrado, pero era odioso á una nación celosa de su independencia. El Precursor no buscaba los aplausos lisonjando las ideas admitidas y las preocupaciones populares; y á estos hombres señalados con la aversión pública, decía con la mayor bondad, cuando le preguntaban qué debían practicar para salvarse: "No exijais mas de lo que os está ordenado." Hasta los soldados venían á presentarse al bautismo, y á pedir qué conducta debían tener, y les decía: "No hagáis estorsiones á nadie, ni useis de fraude, y contentaos con vuestras pagas." Así se cumplían las gloriosas palabras pronunciadas en otro tiempo sobre Juan por el ángel y por Zacarías: "El conducirá á los hijos de Israel al Señor su Dios, reconciliará á los padres con los hijos, y dará al pueblo el conocimiento de la salud."

Viendo los judíos la extraordinaria santidad de San Juan Bautista, y la inmensa multitud que acudía á él para recibir el bautismo, le miraban como un profeta, y aun pensaban que podia muy bien ser Cristo. "En cuanto á mí, les decía este hombre lleno de humildad, os bautizo en el agua; pero otro vendrá mas poderoso que yo, al cual no soy digno de desatar la correa de su calzado. Este os bautizará con el Espíritu Santo, y con el fuego de la caridad." Con estas palabras señalaba el carácter de la ley evangélica, que pone al alma en directa comunicacion con el Espíritu divino, la ilustra y la enciende con la caridad, este incendio que arde en el corazon de Dios, descendiendo al través de todos los mundos, abrasando las criaturas inteligentes, volviendo al trono del Eterno, como una cadena que enlaza al universo entero con un vínculo dulce y ardiente. Y añadía el profeta: "El que viene despues de mí tiene en su mano el bieldo (con que se avienta el grano), y limpiará su era, purificándola, y meterá el trigo en el granero, quemando la paja en un fuzgo inextinguible." Este lenguaje figurativo designaba á Jesucristo, que semejante á un labrador, separando la cizana del buen grano, vé el fondo de los corazones con una penetración admirable, discierne los inocentes de los culpables, los justos y los malvados, para recoger los unos en sus graneros celestes, y abandonar los otros al fuzgo de sus venganzas.

El ministerio del Precursor tocaba ya á su fin, porque el Cristo iba á

manifestarse, y llenando la Judea con su doctrina y con sus milagros, alumbrarlo todo con su vivísima luz, así como el sol sepulta en sus fulgidos resplandores la claridad de las estrellas. Conocía Juan la grandeza del Mesías, pero ignoraba aún hasta qué punto se abatiría para la salud del mundo. Y por esto quedó pasmado al ver al Redentor, que se acercaba á él y le pedía el bautismo, como si fuese un pecador. Y entonces le dijo con un sentimiento de veneracion y de temor: "Cuando yo debo ser bautizado por vos, venís vos á que os bautice." Pero Jesus, que quería regenerar la humanidad tanto por el ejemplo como por la palabra, y santificarla antes en él, le dijo: "Déjame hacer ahora, pues así debemos cumplir toda justicia." Despues de estas palabras, Juan no vaciló ya mas, y le bautizó en las aguas del Jordan, que fueron santificadas por el contacto del Salvador. Acabado el bautismo, salió Jesus del rio, y se puso en oracion. En aquel instante mismo abriéronse los cielos, y el Espíritu Dios en forma de paloma descendió sobre Jesus, y resonó una voz por las alturas: "Este es mi Hijo muy amado, en el cual tengo mis delicias."

La imaginacion queda aquí como oprimida bajo el peso de tantos misterios. ¡Qué prodigioso contraste de abatimiento y de exaltacion! Lo que en concepto de Juan es del todo indecoroso al Hijo de Dios, lo llama una justicia y un deber que le conviene cumplir. ¡Qué! Ser bautizado como un pecador por un puro hombre, por aquel á quien él mismo habia santificado en el seno de su madre! No debe sorprendemos la admiracion de Juan, ni su repugnancia, ni sus esfuerzos, para oponerse á Jesus. Mas en este santo combate vencerá la humildad del Salvador, y Juan se creará obligado á ceder por respeto.

Por lo demás, á Jesus no le da cuidado alguno el concepto que la multitud formará de su persona, ni menos piensa en que el bautismo que vá á recibir será una prevencion poco favorable á su mision divina, y que jamás se creará que quien así se confunde con los pecadores, sea el Sarto de los santos. Ni aun le ocurre la idea que por esta accion desmiente, digámoslo así, el honorífico testimonio que en diversas ocasiones ha dado de él su Precursor. El representa á los pecadores, ha venido á pagar por ellos, y bajo este respecto, justo es que se humile, que se anonade. Lo concerniente á la manifestacion de su persona divina no le toca á él ahora; esto queda para su Padre: su negocio es glorificarle, abatiéndose, y dando de sí las mas humillantes ideas. Pero los cielos se rasgan de repente, y se abren por primera vez á la tierra para inundarla de gloria: La voz del Eterno ha resonado en las alturas, y se deja oír de los hombres: las celestes cohortes descienden hasta la region de las nubes, para

glorificar al Verbo Dios hecho hombre. ¡Qué testimonio tan brillante rinden de la divinidad de Jesucristo las dos otras personas de la adorable Trinidad! Lo preveía Jesús, mas como á hombre no lo deseaba: no se humilló para procurársela; no se alegró de ello para sí mismo, y nada se atribuyó á sí de la gloria que le daba en el concepto de los que presentes se hallaban. Comparad este testimonio celestial, con los que Juan Bautista dió á Jesús, y con los que Jesús dió asimismo en otras ocasiones indispensables. ¡Qué diferencia en el aparato, en la magnificencia y en la impresion que debian producir! Del seno esplendoroso del trono del Padre descende el Espíritu Dios visiblemente, y viene á posar sobre la cabeza de Jesucristo: el Padre habla, y declara con fuerte y majestuosa voz, que este hombre que acaba de abatirse hasta igualarse con los culpables, es su muy querido Hijo, objeto de sus complacencias inmortales!

La comun opinion de las iglesias cristianas en Oriente y en Occidente, es que el Hijo de Dios fué bautizado en el Jordan al fin del año trigésimo de su vida mortal, el sexto día de Enero; y sobre esta tradicion antigua y universal se fundó una fiesta solemne reunida en Occidente á la adoracion de los Magos; pero que en Oriente no tiene mas objeto que el celebrar el bautismo del Señor. Tampoco está bien fijada la opinion acerca del lugar y la época de este suceso tan grandioso en los fastos de la religion. Pero es cierto, no obstante, que la ribera occidental del Jordan, un poco mas arriba de su embocadura, en el Mar Muerto, fué el teatro de la manifestacion del Hijo de Dios. Además, desde los primeros siglos del cristianismo, existia la intima persuasion de que esta manifestacion gloriosa habia tenido lugar á cinco leguas mas allá del lago Asfaltite. Esta tradicion se conservó; Gregorio de Tours la refiere, y está consignada en las relaciones del tiempo de las Cruzadas, y los viajeros modernos la hallan establecida aún en el pais. La emperatriz Helena hizo edificar en el paraje designado un edificio religioso muchas veces derribado y restablecido, y destruido al fin. En aquel lugar se vió, durante mucho tiempo, una cruz de madera de la altura de un hombre, á cuyos piés corrían las ondas del más santo de los ríos.

A la ruidosa fama de los sucesos de Juan, los principales de entre los judíos sintieron nuevas inquietudes, y le mandaron una diputacion al lugar en donde se habia retirado, desde la otra parte del Jordan, para saber de su propia boca lo que era, porque estaban llenos los espíritus de la próxima venida del Mesías. “No soy yo el Cristo,” respondió.—“¿Quién sois, pues? ¿Sois tal vez Elias?”—Porque es doctrina de las Escrituras que el profeta Elias vive todavía en la mansion á donde Dios

le arrebató, y que vendrá en los últimos días del mundo á volver á conducir los hijos de Israel á la verdad, y á desviar su cabeza del eterno anatema. “Tampoco soy Elias,” respondió el Precursor.—“¿Sois algun profeta?”—“No.”—“¿Pues quién sois? Decidnoslo, para que podamos dar la respuesta á los que nos han enviado. ¿Qué es lo que nos decís de vos mismo?”—“Yo soy la voz del que clama en el Desierto: Caminad rectos por las vías del Señor, segun las palabras del profeta Isaías.” Pues aquellos diputados eran de la secta orgullosa de los fariseos, que gozaba entre los judíos grande reputacion de ciencia y de piedad; pero realmente tenian menos celo para conocer la verdad que envidia contra el que la proclamaba, cuya gloria eclipsaba la suya: no comprendieron, pues, ó aparentaron no comprender. “¿Por qué, pues, bautizais, le dijeron, si vos no sois ni el Cristo, ni Elias, ni profeta?” “Yo bautizo en el agua, les contestó el santo solitario; pero uno hay entre vosotros, á quien vosotros no conocéis, y que vendrá luego despues de mí.” Pero los enviados de la Sinagoga no querian abrir los ojos: los viejos poderosos no pueden sufrir que se les inquiete ó que se les despozone: no consideran la institucion que ellos representan sino al través de su propia felicidad y de la gloria de su existencia, haciéndose sordos á las advertencias y á las amenazas del porvenir.

En la mañana siguiente, Juan, habiendo visto al Salvador que venia hácia él cerca del Jordan, en donde estaba bautizando judíos de la Galilea, dijo á la dócil multitud que le escuchaba: “Ved ahí el Cordero de Dios, ved ahí el que quita los pecados del mundo. Este es aquel de quien os he dicho: Despues de mí vendrá un hombre que fué hecho antes de mí, y que existia antes que yo naciese.” De este modo designaba al Redentor, que segun la humanidad era mas jóven, pero que segun su generacion divina era mas antiguo que él. “Para manifestarle en Israel he venido á bautizar en el agua. No le conocia yo; pero el que me dió una mision me dijo: Aquel sobre cuya cabeza vieres que descende y posa el Espíritu Santo, es el que bautiza en el Espíritu Santo. Yo le he visto, y he dado testimonio que es el Hijo de Dios.” Este testimonio auténtico, preciso, fácil en ser demostrado, fué proclamado públicamente y repetidas veces por San Juan, y fué admitido y solememente reconocido por los apóstoles; por manera que los contemporáneos no pudieron ignorarlo, á causa de su resplandor, ni destruirlo, por motivo de su verdad. Así tambien muchos lo aceptaron, prestándole aquella fé generosa que conduce á la salud: algunos le dejaron pasar con indiferencia, creando en torno de sus almas tinieblas voluntarias, á fin de que no pudiese llegar hasta ellos la luz de la verdad: porque las pruebas de la religion

son una naturaleza moral, precisamente porque se dirijen y tienen por fin el producir en nosotros una libre y racional adhesión, por lo cual no pueden ni deben tener el carácter de una evidencia matemática. De ahí proviene que están rodeadas de bastante oscuridad para que se saque de ahí un pretexto contra ellas, y de luz bastante para que no exija más de ellas la atenta buena fé. De ahí viene que todas las protestas contra la divinidad del cristianismo parten originariamente del corazón y no del entendimiento. Las verdades que aquel propone guardan tanta armonía con todos los sentimientos del corazón humano, que son hechas para ser amadas antes que para ser conocidas; y el corazón que no las ama es porque se oponen á sus estravíos, y se hace indigno de penetrar su espíritu, ni aun de conocerlas hasta el punto necesario para ser creídas.

Antes de su pasión y muerte, dió San Juan un último y brillante testimonio á la divinidad de Jesucristo. Hallábase en Ennon, pequeña aldea situada á tres leguas de Scythópolis, sobre las orillas del Jordan. Sus discípulos, menos perfectos que él, no podían ver sin cierta secreta envidia el grande resplandor y fama que esparcía el nombre de Jesús, y trataron de inspirar á su maestro los mismos sentimientos que á ellos los animaban. "Maestro, le dijeron, aquel que estaba con vos á la otra parte del Jordan, y á quien vos disteis testimonio, ahora está bautizando, y todos acuden á él." Y les respondió Juan: "Nada puede atribuirse el hombre si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que he dicho: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él, como precursor suyo. El esposo es el que tiene la esposa. Mas el amigo del esposo, que está para asistirle y atender á lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo. Mi gozo es, pues, ahora completo." Como si dijera: yo no soy más que un amigo ó ministro de este esposo celestial, destinado para avisar á su esposa que se prepare para recibirle, y debo alegrarme en lo que decís vosotros, que todos van en su seguimiento. Y continuó diciéndoles: "Conviene que él crezca y que yo mengüe. El que ha venido de lo alto es superior á todos. Quien trae su origen de la tierra, á la tierra pertenece y de la tierra habla. El que nos ha venido del cielo, supera á todos, y atestigüa cosas que ha visto y oído, y con todo, casi nadie presta fé á su testimonio. Mas quien ha adherido á lo que él atestigüa, testifica con su fé que Dios es verídico. Porque éste á quien Dios ha enviado, habla las mismas palabras que Dios; pues Dios no le ha dado su espíritu con medida. El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano. Aquel que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna; porque quien no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino al contrario, la ira de Dios permanece siempre sobre su cabeza." ¿Quién

no encontrará una prueba de veracidad y de buena fé en este noble desinterés y en esta constante abnegación de sí propio, si considera aquella orgullosa necesidad que sienten todos los maestros de no perder sus discípulos, y la envidiosa fiera con que marcamos todas nuestras obras con el sello de la más ardiente personalidad?

Pero por su parte también el Hijo de Dios dió un claro y magnífico testimonio de la santidad de Juan y de la alteza de su destino. Pues cuando Juan envió dos de sus discípulos á preguntar á Jesús si era él el Mesías, hizo de él un elogio tan digno de la boca de un Dios, como de las virtudes eminentes de su Precursor querido.

Nada sabemos de la muerte de Elisabeth, madre de San Juan. Hemos indicado ya que, según el testimonio de antiguos autores, aplicados á reunir las tradiciones de la Iglesia, así como María había retirado á Egipto el niño Jesús para escapar de la crueldad de Heródes, asimismo Elisabeth había huido de las orillas del Jordan á la soledad de los desiertos, para librar de la bárbara cuchilla del verdugo la cabeza amenazada de su hijo. Siguiendo este sentir, Elisabeth moriría sin duda en aquellos ignorados retiros. El día de su muerte no quedó grabado en la memoria de los hombres; pero su vida está escrita con caracteres de luz en el libro de la eternidad.

Ni es menos difícil el fijar el fin de Zacarías, bien que graves autores le hayan confundido con el sacerdote del mismo nombre, que pereció de muerte violenta entre el templo y el altar, y de quien dijo el mismo Señor, que su sangre sería vengada con la sangre de Abel y de todos los justos heridos por manos impías. La tradición atribuye esta muerte á Heródes; y aun se añade, que después de esta trágica ejecución, el cuerpo fué precipitado de lo alto de la roca en donde se levantaba el templo. Los miembros de la familia recogieron estos restos despedazados y todavía palpitantes, que pasaron más tarde á poder de las iglesias cristianas. Zacarías descendía de Abdías, padre de la octava familia sacerdotal. Estas antiguas familias eran raras, y algunas de ellas se habían fijado en Persia después del cautiverio.

Zacarías, que había dudado hasta de la palabra de un ángel, no dudó un solo instante de la pureza sin mancha de María, cuando ésta fué á visitar á su prima Elisabeth; y si debiéramos dar crédito á una tradición del Oriente, adoptada por graves doctores, habría defendido algún tiempo después en el templo de Jerusalem la virginidad fecunda de María, y sellado con su sangre este animoso testimonio.

La natividad de San Juan Bautista se celebra en todo el universo desde los primeros siglos de la Iglesia, como uno de los principales aconte-

cimientos de la religion. Los santos son en el orden moral y religioso lo que son los héroes y los grandes hombres en la historia de las sociedades políticas; pero hay además sus grados en todas estas glorias de la tierra y del cielo; no todos los nombres inspiran igual amor ni imponen el mismo respeto. El mayor entre los nacidos de muger, así llamado por la boca de la misma Verdad eterna, el ángel enviado al mundo para prepararle los caminos; aquel profeta y mas que profeta, en quien habia de terminar la era de las esperanzas y de las profecias para empezar el reino de Dios sobre la tierra; aquel cuyo nacimiento habia de llenar de gozo al universo, el visitado y santificado por el Verbo Dios, aun estando en el seno materno, es el héroe sin igual, cuyo ilustre ministerio y el testimonio que estaba llamado á dar al Hijo de Dios, le señalan en la veneracion de los siglos el primer rango, despues de la mas augusta de las criaturas. La Iglesia tiene destinado un dia para celebrar su nacimiento, honor reservado al Hijo de Dios y á su Santísima Madre; pues de ningún otro santo se celebra el nacimiento sino de San Juan Bautista, porque el mismo nacimiento fué santo, y origen de un santo gozo. Juan, como Isahac y Samuel, fué hijo de una estéril, y su natividad fué ya un portento, en el que su padre no quiso creer cuando se lo anunció el ángel, y quedó privado de la palabra en castigo de su poca fé. Un mensajero celeste anuncia la futura concepcion del Precursor. El cielo quiere preparar á la tierra para la venida del que ha de santificarla, y Juan, dechado de inocencia, de mortificacion y de humildad, es el astro matutino que aparece en el cielo, coronado del brillante crepúsculo del sol de las inteligencias que va luego á aparecer. Las dos madres se visitan, y admiran cada una en sí misma un prodigio; los dos hijos, niños extraordinarios, se saludan y saltan de placer antes aun de ver la luz: el Altísimo derrama torrentes de gracias sobre la casa de Elisabeth; y el niño Juan, antes ya de haber nacido, se vé casi nivelado á la altura del Niño Dios. Todas las bendiciones descienden sobre el niño; cuando Zacarias, el padre afortunado, arrobado por un rápto profético, bendice al Dios de Israel en la persona de su hijo, y pronunciando la rehabilitacion y el inmortal triunfo de la casa real de David, hasta entonces abatida y humillada, predice el cumplimiento de la gran alianza de Dios con el hombre, simbolizada en la promesa hecha á Abraham, y el nuevo reinado de la santidad, de la justicia y del amor. Tú, hijo mio, estás destinado para profeta y precursor del Salvador del mundo: tú marcharás delante de él allanándole el camino, y dispondrás los pueblos para recibirle: tú enseñarás á los culpables la ciencia de la salvacion y del arrepentimiento. En efecto, este niño ha de ser anticipadamente el preceptor con su ejem-

plo de las virtudes cristianas, antes aun que Jesucristo empieze su predicacion, la penitencia y el dolor, la mortificacion de los sentidos y aquel llanto que en adelante debia desarmar la indignacion divina. Y aunque su voz se pierda en el Desierto, tierno en años pero grande en espíritu, cubierto de piel de animales y alimentándose de yerbas, anunciará en sí mismo la próxima transformacion del mundo por el Mesias, de quien es digno Precursor. Preseñámanos ahora de los prodigios de la vida del mártir, y no desviemos la vista del grande nacimiento que celebra la Iglesia, y con ella los mismos gentiles, los turcos y pueblos orientales, simbolizando con la llama del regocijo este acontecimiento extraordinario del hombre que debia brillar y arder como lumbre en la plenitud de los siglos.

Los judíos ponian á San Juan Bautista muy superior á Jesucristo, porque habia pasado su vida en el Desierto, y era hijo de un gran sacerdote. Jesucristo, al contrario, nacido de una pobre muger, les parecia un hombre comun. Los musulmanes han conservado una grande idea de San Juan Bautista, á quien llaman *Jahia ben Zacaria*, Juan hijo de Zacarias. Saadi, en su *Gulistan* hace mención del sepulcro de San Juan Bautista, venerado en el templo de Damasco: en él hacia sus oraciones, y refiere las de un rey árabe que fué allí en peregrinacion. El califa Abdal Malek quiso comprar esta iglesia á los cristianos; pero habiendo rehusado éstos la cantidad de mil *dinars* ó doblas de oro que les ofrecia, se apoderó de la misma.

Es tan antigua la institucion de esta solemnidad, que segun el águila de los doctores, la celebraban ya los fieles de su tiempo como de tradicion apostólica, distinguiéndose entre todas en pompa y magestad, y siendo la primera, despues de las fiestas de la Redencion. El concilio de Agda, celebrado en el año 506, la pone por una de las mas principales despues de la Pascua, Navidad, Epifania, Pentecostés y Ascencion; ni es menos antigua que la misma fiesta la solemnidad de su vigilia, pues para disponerse á ella instituyó el concilio de Salgunstad un ayuno de catorce dias.

La visita que la Santa Virgen hizo á su parienta Elisabeth, encerraba algo mas que un simple deber de urbanidad; y la iglesia quiso renovar todos los años su memoria por la institucion de una fiesta particular, que se celebra el segundo dia de Julio. Esta fiesta era solemnizada con el mayor júbilo en el Oriente desde los primeros tiempos del cristianismo, pero no fué enteramente establecida en Occidente hasta el siglo XIV, para alcanzar, por intercesion de la Virgen Maria, la estincion del cisma que desolaba la Iglesia.

Observa un autor religioso, que la bienaventurada hija de Joaquín se habia apresurado y puesto toda diligencia para ir á visitar á su prima Elisabeth, pero que se volvió lentamente. Aunque no aparezca una certitud histórica para este aserto, no faltan para apoyarlo razonables conjeturas. María se hallaba ya mucho mas avanzada de su embarazo, y hubiera sido peligrosa toda precipitacion. Además, tal vez, como el pájaro de los mares, tenia el presentimiento de las borrascas.

Nadie ignora, por fin, que esta visita de María á Elisabeth ha suministrado á la mayor parte de los grandes pintores, un asunto en el cual su genio ha parecido complacerse: el nombre de la Santa Madre de Dios ilumina al genio, así como dá alas á la piedad. Debe citarse sin duda á Rafael en primer lugar, tratándose de un cuadro en que entre la Virgen; tanto mas, en cuanto Elisabeth ha tomado mas de una vez bajo su magnifico pincel un carácter admirable. Miguel Angel ha tratado tambien este asunto á su manera grande y sublime, y Rubens ha hecho de él una notable composicion. Al lado de estas maravillas la Francia puede poner sin mucha inferioridad los cuadros de Lebrun, de Mignard, y el de Jouvenet, que adorna el coro de Nuestra Señora de Paris, ofreciendo la particularidad de haber sido pintado con la mano izquierda, pues el artista tenia paralizada la derecha.

El asunto es maravilloso. El pudor casto y santo que asoma en el semblante de María, su modestísima actitud, aquella alegría celeste y tímida de que está llena su alma y que reboza en lo exterior, forma precioso juego con lo ojos penetrantes con que su santa prima parece que está leyendo lo que pasa en el corazón de María. En ésta despunta aquella inocencia que jamás ha conocido el rubor, porque nunca perdió la gracia, mezclada de aquella dignidad natural á su alma sublime y colmada de bendiciones. Elisabeth, manifiesta á la vez en su risueño semblante un asomo de rubor, la alegría y el respeto; las dos felices maternidades se penetran de un modo asombroso, y el pincel puede reflejar en sus fisonomías algo de los misterios gloriosos y augustos que encierran en sus entrañas.

